

Entre fiordos y hielos

Juan Pablo Cafena Garfe

Entre Fiordos y hielos

©2026. Juan Pablo Cafena Garfe

ISBN: 978-956-425-354-1

Primera edición, 2026

Fue impreso en Lahosa S.A.

Dedicatoria.

Para aquellos que escuchan el llamado del viento y no temen a la soledad de los canales. Que estas páginas sean el mapa de un viaje hacia los confines del Mundo y hacia el centro de uno mismo. A los navegantes de alma inquieta, que saben que entre el hielo y la roca se encuentra la verdadera libertad. Que tu rumbo sea firme y tu voluntad tan inquebrantable como las cumbres de la Patagonia. A quien sostiene este libro: que la travesía de estas letras te lleve por fiordos inexplorados, recordándote que, incluso en la más profunda soledad, nunca se está solo si se tiene el mar más confidente.

Prologo.

La Patagonia Chilena y la Antártida, dos extremos de un mismo sueño. Un viaje que comenzó en los canales laberínticos del sur de Chile, donde el bosque se sumerge en el mar y los glaciares descienden hacia el océano. Un paisaje de una belleza salvaje y misteriosa, que me llamó a seguir más allá, hacia el continente blanco. Este libro es el relato de una travesía que me llevó a navegar por los fiordos de la Patagonia Chilena, Es una historia de desafíos y descubrimientos, de momentos de euforia y de introspección profunda. La soledad del mar me permitió escuchar el latido de estos lugares remotos, donde la naturaleza se muestra en toda su fuerza y fragilidad. En la Patagonia, los montes y los glaciares me hablaron de la tierra. Este viaje no fue solo una aventura geográfica, sino un camino hacia adentro. Cada milla navegada, cada tormenta superada, cada amanecer en solitario en el timón, me acercaron un poco más a comprender quién soy, y que busco en el vasto océano. Este es el relato de un viaje que cambió mi vida. No se trata solo de una crónica de millas navegadas o de lugares visitados; es la historia de un hombre que se embarcó en una aventura para encontrarse a sí mismo en el vasto horizonte del mar. Este libro recoge los recuerdos de una travesía solitaria que me llevó a través de lugares y paisajes desconocidos. Es un testimonio de los momentos de júbilo y de lucha, de las noches de estrellas infinitas y de las tormentas que me obligaron a buscar refugio en mí mismo. Cada página es un fragmento de mi diario de a bordo, un intento por capturar la esencia de lo que significa navegar sin más compañía que el viento y las olas. La decisión de emprender este viaje fue el resultado de una búsqueda. Buscaba la libertad, la soledad y sobre todo, respuestas. El mar, con su inmensidad y su silencio, se convirtió en el espejo en el que me miro. Y en su reflejo, encontré mucho más de lo que esperaba. Espero que estas memorias inspiren a quienes las lean a reflexionar sobre sus propios viajes internos o externos. Que encuentren en estas líneas un eco de sus propias búsquedas, y un recordatorio de que, a veces, el camino más largo es el que nos lleva a nosotros mismos. Espero que estas páginas transmitan algo de la emoción y la paz que encontré en estos parajes extremos. Que sirvan como un testimonio de la belleza indomable del sur y de la capacidad de un simple humano para encontrar su propio rumbo en los lugares más remotos del planeta. La Antártida, el continente más remoto y misterioso del planeta. Un lugar donde el hielo y el viento se unen en una sinfonía de soledad y belleza. Aquí, en este vasto y desolado paisaje, me he propuesto navegar solo, en busca de libertad y aventura. Mi barco, un pequeño y resistente compañero de viaje se llama “Vikingo II”, un guerrero fiel a su nombre, tradición náutica e historia. Lo he preparado durante años para este viaje, estudiando las cartas, los vientos y las corrientes. He leído los relatos de los grandes exploradores que me precedieron, y he soñado con los desafíos que me aguardan. En la soledad antártica he concertado una cita con Dios. La Antártida es un lugar de extremos, donde la naturaleza se muestra en toda su furia y majestuosidad. El frío es intenso, el viento es cortante y el hielo es implacable. Pero es precisamente esto lo que me atrae, lo que me hace sentir vivo. Mi objetivo no es solo llegar, sino experimentar la soledad y la libertad que solo se puede encontrar en este lugar. Quiero sentir el rugido del viento en mis oídos, el sabor de la sal en mis labios, y la sensación de estar completamente solo en el mundo. Este viaje no es solo una aventura, es un viaje dentro de mí mismo. Es un desafío para superar mis límites, para descubrir mis debilidades y mis fortalezas. Es un viaje para encontrar la paz, la serenidad y la conexión con la naturaleza. Así me despido de la civilización por uno breve espacio de tiempo, de la comodidad y la seguridad. Me embarco en un viaje a lo desconocido, con la incertidumbre y la emoción que solo se pueden sentir cuando se está a punto de emprender una gran aventura. Patagonia y Antártida, aquí voy.

El Autor.

Introducción.

Si me hubieran preguntado hace 45 años si me veía navegando en un barco, seguro habría respondido que sí a esta vida con absoluta certeza. ¿Alguna vez han sentido un llamado a algo inexplicable? Tu alma te grita que la persigas, pero tu mente evoca dudas al principio. No tienes la confianza que crees tener. Hasta sientes miedo. Sientes que puede haber un millón de razones para no hacer lo que estás pensando hacer. El problema de ignorar ese sentimiento es que tu alma muere con él. Así que digo, hazlo de todos modos. Quizá estés sentado en tu lugar de trabajo durante la hora del almuerzo, odiando tu trabajo. Quizá estés tumbado en el sofá de una casa tranquila que solía estar llena. Quizá estés cansado. Agotado. Quizá acabas de terminar un matrimonio, un trabajo, o una vida que creías que sería para siempre o que iba a alguna parte. Ahora estas ahí sentado, preguntándote, ¿y ahora qué? Me ha pasado más de una vez. Me he quedado más de una vez en un departamento con las paredes vacías y ha pasado demasiado tiempo. He trabajado en empleos que me permitían pagar las facturas, y que en silencio me mataban el alma. He perseguido objetivos que no encajaban, relaciones que me agotaban, y expectativas que ni siquiera eran mías. Me he dado cuenta de que la mayoría de las personas viven una vida tranquila y desesperada. Puede que no conozca tu historia, pero conozco esa sensación y sé que navegar me salvo la vida. Al océano no le importa quien eras, y es exactamente por eso que puede cambiarte la vida. Yo solía pensar que la rutina era normal. Despertarse, trabajar, estresarse, repetir. Siempre intentando ser alguien, demostrar algo, perseguir alguna versión del éxito que nunca definí. Vivía enojado, cansado, de mal humor. No me gustaba en quien me estaba convirtiendo, y sinceramente, no sabía que hacer al respecto. Nadie habla de lo que es despertarse un día y darse cuenta de que odias la vida que has construido. Te dices a ti mismo, Esto está bien, esto es normal, hasta que un día son las dos de la mañana y te quedas mirando al techo preguntándote si esto es todo lo que hay. Ya no te reconoces a ti mismo, No recuerdas lo que te hace feliz. Estas rodeado de ruido, distracciones y personas que dicen cosas como “se agradecido”, como si la gratitud pudiera unir tu alma. Así era yo. Hasta que decidí cambiar mi vida en ciento ochenta grados y bajarme del mundo. Algo hizo Click. No fue ni un rayo ni una epifanía de Hollywood. Me enamore de sentir el viento en la cara. Sentir el silencio y la honestidad de todo. Ahí es donde necesito estar. La hermosa verdad es que al océano no le importa quien eras ayer o quien eras en tierra. No le importa si estas divorciado, en la ruina, con el corazón roto, perdido, incomodo, deprimido o simplemente cansado. El mar no juzga. No habla a tus espaldas. No le importa tu puesto de trabajo, tu posición, tu salario, tu promedio de calificaciones, tu reputación o tus remordimientos. Lo único que pide, es que te presentes dispuesto a aprender, dispuesto a escuchar, dispuesto a sentir y dispuesto a rendirte. Y cuando lo haces, algo sucede. Lenta, silenciosa y profundamente, navegar comienza a reconstruirte. Al viento no le importa tu miedo, y sentirás que cada ola tiene algo solo para ti. Pero en ese caos encontraras claridad. Puede que, navegando, sea la primera vez en años en que te sientas realmente presente, sin teléfonos que suenen, sin plazos de entrega, sin charlas triviales. Solo tú, el viento, el barco, el mar, el cielo, las nubes y un mundo que por primera vez podría tener sentido. Navegar no es una píldora mágica. No va a resolver tus problemas, pero eliminara el ruido. Me volví mi hogar cuando nadie me sostuvo y tuve que sostenerme solo. Cuando aprendí a reconstruir mis piezas con calma y no con prisa. Me hable bonito cuando el mundo callaba y me abraza fuerte cuando nadie me esperaba. Entendí que no debo rogar por amor, sino dármelo a mí mismo. Así que deje de buscar refugio en otro lado y entendí que yo soy mi propio techo. Que puedo darme abrigo y paz. Así que me volví mi propio hogar. Y a veces, solo a veces, lo único que necesitas es silencio y volver a oír tu propia voz. Aprenderás a confiar en ti mismo para resolver los problemas con tus propias manos, para arreglar lo que se rompe, y lo que es más importante, a dejar de esperar a que alguien más te arregle. Descubrirás que eres más capaz de lo que jamás creíste, y que no necesitas que te rescaten. Solo necesitas espacio, viento, un buen barco y navegar. Navegar mucho y sin pausa. Esta vida en el océano no está reservada para niños divertidos con dientes perfectos, y grabaciones de drones. Es para mecánicos, profesores, enfermeras, gente que empieza de nuevo a los cuarenta. Gente que por fin se despierta a los sesenta. Es para ti. Sí, para ti. El que ve esto y piensa “pero yo nunca podría”, sí. Sí. Puedes. “Pero tengo miedo”. Eso significa que estas cerca. Esto es lo que pasa justo antes de que empiece algo real. Y lo entiendo. La idea de aprender a navegar, empezar de nuevo y

subirse a un barco, cambiar tu vida entera, resulta tremendaa y abrumadora. Cuando empecé, yo también tenía miedo. Miedo a echarlo a perder, miedo a que me juzgaran. Miedo a comprar el barco equivocado o a chocar con otro barco en la marina. Miedo a que me sorprendiera una tormenta que no veía venir. En los momentos de dificultades y hasta en los fracasos es donde está la vida. Porque navegar no se trata de perfección. Se trata de presentarse aceptando que no se sabe todo. Se trata de que la naturaleza te de una paliza y decir “gracias”. Era lo que necesitaba. No creces cuando estas cómodo. Creces cuando lo intentas. Tienes miedo y sigues delante de todos modos. Y el mundo de la navegación está lleno de gente como tú, Ni pperfecta ni intrépida, solo dispuesta. Hay algo hermoso en eso, porque conoces a la gente en su forma más cruda, más humana, y te das cuenta de que todos estamos un poco perdidos. Por eso estamos aquí. Así que, si tienes miedo, eso significa que te importa, que tu zona de confort se está resquebrajando. Eso significa que estas al borde de algo mejor. No necesitas ser intrépido para comenzar este viaje. Solo necesitas ser valiente durante treinta segundos cada vez. Treinta segundos para subirte a ese barco. Treinta segundos para decir “quiero algo más”. Treinta segundos para girar toda tu vida. Puedes hacerlo. Quizá ya imagines como será estar aquí afuera, con el viento en la cara, café en la bañera y respirando felicidad plena de nuevo por fin. Y quizá esta idea te de un miedo de muerte. Quizá también te haga sentir vivo por primera vez en mucho tiempo. Navegar no es fácil. No se trata de bikinis, de tomas de drones ni de bebidas isleñas. Es real. Es crudo. A veces muy duro. Son cuerdas que te queman las manos y sistemas que se rompen en el peor momento. ¿Por las noches te quedas despierto al timón preguntándote Que demonios hago aquí? Pero también es paz, propósito y libertad lo que te ganas. Y eso es lo que hace que merezca la pena. No conozco tu pasado. No sé lo que llevas encima, pero sé que al océano no le importa. Te encontrara donde estés. Sin juicios. Sin vergüenzas. Solo silencio en el viento y tiempo para convertirte en algo nuevo. No tienes que arreglar toda tu vida de la noche a la mañana. Solo tienes que empezar. Empieza a aprender. Empieza a hacer preguntas. Empieza a soñar de nuevo. Porque nunca es demasiado tarde. No eres demasiado viejo ni estas demasiado perdido. Simplemente estas comenzando un nuevo capítulo de tu vida. Y si lo permites, navegar podría ser lo mejor que te haya pasado nunca. Así que, si estás listo, aunque sea un poco, da el siguiente paso. No importa lo pequeño que sea tu barco. Simplemente empieza. Y si alguna vez necesitas que alguien te diga que es posible, soy yo que te digo que es posible. Está esperando. El océano te está llamando. La única pregunta ahora es si responderás a la llamada. Quizás el mar te encuentre a medio camino, porque no se trata de convertirse en marinero. Se trata de convertirse en ti. El verdadero tú, el tu tranquilo, el tu libre. No necesitas que te arreglen. Solo necesitas el océano. Decidir es un acto difícil. Pararse frente al mundo y decir: mi vida es mía. Decidir irte aunque te digan que te quedes o quedarte aunque el resto te corra. Decidir amar a quien quieras o simplemente, decidir amante a ti mismo. Decidir tu cuerpo, tus silencios, tus deseos, tus ganas, decidir cuándo hablar y cuando callar, porque tu voz no es un adorno, es una fuerza. Decidir es una libertad que incomoda mucho, pero no importa, Aunque te juzguen, aunque no te entiendan e intenten reducirte, dirige tu vida, tus pasos, tu voz pero dirige. Hazlo con fuerza, con voz, con rabia, con amor, pero elige. Cada vez que decides, nace una nueva y mejor versión de ti. Ese es el verdadero logro. No sobrevivir. Elegir vivir. Somos segundos que vuelan, abrazos que pudieron durar más, llamadas que nunca hicimos, somos latidos que damos por sentado, mañanas que creemos que son seguras. Despedidas que pensamos que son temporales. Nos creemos invencibles hasta que la vida nos sacude. Hasta que un “nos vemos pronto”, se convierte “ojala hubiese dicho más”. Hasta que entendemos que todo puede cambiar en un instante pues el último suspiro puede llegar sin previo aviso. Que frágiles que somos y que poco consientes estamos de ello. Pero quizá, ahí está la magia. En vivir, sabiendo que nada es eterno.

Mi Gurú Metafórico.

Hay días en los que quiero huir de todos, incluyendo de mí. Quiero correr sin destino e irme sin nota de despedida. Perderme donde nadie me conozca ni pronuncie mi nombre. Hay momentos en que hasta me pesa la piel, y la respiración es un ruido ajeno. La vida parece un traje prestado que no termina de quedarme. Quiero huir de las preguntas que se repiten a cada rato, de esas voces que me dicen “deberías”. De la costumbre de sostenerme fuerte cuando simplemente desde dentro ya no puedo más. Pero en medio de ese impulso, cuando ya casi estoy empacando mi maleta, recuerdo que no puedo huir de mí mismo, que los pasos siempre me alcanzan y que lo verdadero es quedarme conmigo, aunque a veces me duela. Ya no pido permiso para ser. No lo pido para amar a mi manera, o para equivocarme mil veces, para cambiar de opinión o empezar de nuevo. No pido permiso para soñar en grande aunque incomode a otros, porque ellos de verdad, nunca lo van a entender. No pido ya más permiso para descansar cuando no puedo más, ni para brillar cuando me sienta inspirado. La vida no es una sala de clases donde levantas la mano y esperas la aprobación de alguien. Eres tú y ser es tu único derecho y tu único deber. Así que no pidas permiso para ser tú mismo. Respira, camina, navega, crea, ama, escribe, grita. No expliques, no justifiques. Simplemente se tú, siempre. No siempre fui fuerte. Muchas veces me rompí en silencio, en la cama sin ganas de nada, mirando el techo como si ahí hubiera respuestas. Y pensé que no podía más, pensé que hasta ahí había llegado, pero resulta, que sí podía. Que en medio del cansancio, hay algo pequeño que te dice “intenta un día más”. Y con un día más, se hacen semanas y con semanas se arma una vida nueva. Con semanas se hacen meses y sigues avanzando. Resiliencia no es caer, es aceptar que la caída duele, que te deja marcas que te cambian. Es poder mirarte al espejo con las cicatrices que te marcan y poder decir “sí, a mí me dolió pero yo sigo adelante, y sigo aquí”. No es resistencia ciega, es aprender a habitar en el caos y confiar que tarde o temprano volverá la calma. Es recordar que todas las tormentas pasan y el sol vuelve a salir. Es recordar que después de cada final hay un inicio escondido, y que a veces, la vida se reconstruye sobre los pedazos que juraste que no ibas a reconstruir jamás. El océano es mi gurú metafórico. Mi historia es caustica. A veces aterradora, a veces mohosa y siempre humillante de como un tipo con demasiado ego e insuficiente dirección recibió una paliza del viento, las olas, los motores diésel y la brutal honestidad del mar. Y tal vez, solo tal vez, te recuerde que no está bien tenerlo todo resuelto. Siempre y cuando tengas un chaleco salvavidas, sentido del humor y la suficiente terquedad para seguir navegando hacia adelante. ¿Entonces, quieres dar un salto de fe o convertirte en un anciano lleno de remordimientos esperando morir solo? Yo era alguien bien especial. Era de los que pensaban que gritar era una forma de personalidad. Era de los que pensaban que el sarcasmo era una habilidad de supervivencia y que podía resolver los problemas de la vida discutiendo más fuerte que los demás. Tenía mecha corta y nada de calma. Sinceramente, la mayoría de los días estaba cerca de un colapso total. Entonces, de la nada, la navegación llegó a mi vida. Navegar es mucho más entretenido que cortar el pasto o hacer los deberes académicos. Pura magia. Velas desplegadas, viento, mar. Nada puede ser mejor. Navegando siempre te sentirás vivo y tranquilo, aun en una tormenta. La navegación se vuelve adicción. A la naturaleza no le importa quién eres. El viento no lee tu currículo. Navegar te pierde el ego, te enseña a callar y a escuchar, a tener paciencia, a callar más y hablar menos. La naturaleza te hace humilde. Te enseña que hay cosas más importantes que tu trabajo de nueve horas a la vuelta de la esquina. Cuando navegas, sueñas con el sonido de los cables de acero con el sonido del viento, la forma de como la luz del sol baila sobre el agua como si intentara contarte un secreto. Navegando te das cuenta como se extraña el silencio. El tipo de silencio que no está vacío, el tipo de silencio que llega cuando el viento sopla en tus velas. No la ausencia de ruido sino la presencia de la paz. La realidad es que el viento está intentando matarte, las escotas del foque intentan crear una secta en tu contra, y atracar en el muelle es como desactivar una bomba delante de una audiencia. Pero esa es la belleza de la navegación. No te deja fingir. O aprendes, o rompes algo. Normalmente, ambas cosas. Hay algo en la navegación que lo simplifica todo. Cuando estas en el agua, lo único que importa en el mundo es la corriente, el viento y lo mucho que lo subestimaste a ambos. Para alguien que paso años intentando ser alguien, intentando demostrar algo, estar en un barco me recordó cómo ser, simplemente, ser. Quédate quieto. Quédate en silencio. Se humilde. Ya no se trataba de rendimiento o

perfección. Se trataba de presencia. El agua no me pidió un currículo vitae. No le importaron mis fracasos ni mi supuesto potencial. Solo me ofreció espacio, desafío, belleza y un montón de cosas que arreglar. Por primera vez en mi vida no quería huir. Quería quedarme, aprender, ganarme la calma. El barco se convirtió en mi maestro y a diferencia de los profesores universitarios, no me puso nota. Me dio lecciones y ampollas en las manos. Aprendí más navegando que en años de colegio y universidad. Aprendí a arreglar cosas con brida, cinta adhesiva y un optimismo irracional. Aprendí que los motores diésel se alimentan de rencor y magia oscura. Navegar me enseñó algo más profundo, algo que no sabía que necesitaba, me enseñó a reducir la velocidad, no puedes acelerar en una tormenta, no puedes adelantarte para ser bueno, tienes que ganártelo y poco a poco lo hice. El océano dejó de ser un misterio y se convirtió en mi mentor. El miedo se acompaña de respeto. Y el respeto se acompaña de confianza. Navegar me destruyó y me volvió a construir. Un error, una corrección, y un amanecer a la vez. Hay un momento que todo navegante conoce. Cuando el viento llena las velas de la manera correcta, el barco navega suavemente, y por una fracción de segundo el mundo deja de girar. Ese es el reinicio. Navegar te hará la vida humilde y te conectará de una forma diferente. Hoy puede ser ese día... el día que dejes atrás las excusas, los miedos y los “mañana lo haré”. El día en que decidas respirar con intención, amar sin reversas y soltar lo que pesa. No necesitas que sea lunes, ni el comienzo de un mes, solo necesitas la decisión. Empieza hoy a vivir con propósito porque la vida no espera. Y si pudiera darte un consejo, sería este. Atrévete a ser tú sin dudarlo. No escondas tu alegría, la tristeza, el miedo, tu coraje, incluso si se vuelve en odio. Cada emoción que habita en ti tiene un propósito, está compuesta por cada una de tus facetas y todas forman parte de quien eres. Vive de manera transparente, no tienes que usar máscaras y aparentar lo que no eres para agradar a otros. La autenticidad es la verdad y la verdad siempre será libertad. Si necesitas estar en la oscuridad, quédate ahí libremente, sin sentir culpa ni presión por salir, permanece en ella hasta que decidas buscar la luz. Y si estas en la luz, aléjate de las sombras, aunque estas intenten arrastrarte hacia ellas. Vive, siente, exprésate y se tú, siempre tú. La vida se mueve. Se cambia. Se va. Lo que parece eterno en un momento se puede desvanecer sin avisar. Si hoy te sientes vacío, escucha. El fin es un comienzo disfrazado. No tienes que aferrarte a lo que fue, y tratar de controlar todo, todo el tiempo. A veces soltar es una victoria que nadie ve. Vive. Si hoy pierdes, avanza. El mundo no es para aquellas personas que lo tienen todo, sino para aquellos que se pueden reinventar cuando se caen. Así que sí, duele despedirse. Pero déjalo ir. Si el camino esta oscuro, avanza. Ese es mi consejo.

Vivir a bordo.

Vivir en un barco es una experiencia gratificante, pero también implica desafíos. Se caracteriza por la reducción de espacio y comodidades, la necesidad de un estilo de vida minimalista, y la adaptación a un entorno cambiante. Sin embargo, ofrece ventajas como la libertad, la cercanía a la naturaleza y la posibilidad de viajar y conocer nuevos lugares. La vida a bordo requiere reducir posesiones y adaptarse a un espacio más pequeño que una vivienda tradicional, lo que puede implicar renunciar a ciertas comodidades. Los barcos requieren mantenimiento regular, tanto por desgaste como por seguridad, lo que puede generar gastos adicionales y requerir conocimientos de mecánica y navegación. El movimiento del barco, especialmente en malas condiciones climáticas, puede causar mareos y afectar la estabilidad de la vida a bordo. Limitaciones en el almacenamiento y la cocina también son importantes. La capacidad de almacenamiento de alimentos y la posibilidad de preparar comidas pueden ser limitadas, requiriendo planificación y adaptación. Pero nada supera a la libertad y flexibilidad de vivir en un barco. Esto permite cambiar de ubicación fácilmente, explorar diferentes lugares y disfrutar de un estilo de vida más nómada. También la cercanía a la naturaleza. La vida en el mar ofrece una conexión única con el entorno natural, permitiendo disfrutar de paisajes impresionantes y la vida marina. Los puertos deportivos a menudo fomentan la camaradería y la ayuda mutua entre los residentes del barco, creando un sentido de comunidad. La necesidad de reducir el espacio y las posesiones puede llevar a un estilo de vida más minimalista y menos materialista. La vida en un barco puede ser más activa y saludable, con oportunidades para practicar deportes acuáticos y disfrutar del aire libre. El costo de vivir en un barco puede variar según el tipo de barco, su tamaño, ubicación y gastos de mantenimiento. Es

fundamental contar con conocimientos básicos de navegación, seguridad en el mar y primeros auxilios. Es fundamental adaptar el barco con comodidades como una buena cama, cocina y baño puede mejorar la calidad de vida a bordo. En resumen, vivir en un barco es una experiencia única que ofrece libertad, cercanía a la naturaleza y una vida más simple, pero también requiere adaptación, mantenimiento y consideración de los aspectos prácticos de la vida a bordo.

La Comunidad.

El mundo de la navegación es una de las comunidades más maravillosas y más extrañas con las que me he encontrado. Es como una tribu flotante de inadaptados, piratas, filósofos, mecánicos, nómadas y personas que huyen de su tercer divorcio. Aquí, a la gente no le importa cuál sea tu trabajo y tus ingresos, o si sabes la diferencia entre una cuerda y una escota. Les importa si tienes un filtro de combustible de repuesto, si estás dispuesto a ayudar a otros, y si llevaras buen vino a la comida de celebración sin motivo. Si estás dispuesto a compartir cervezas con desconocidos que pronto se convierten en hermanos de amistad eterna de la vida. He conocido a personas que llegaron con piezas de repuestos, consejos y pizzas, porque me escucharon en la radio sonando como si estuviera a punto de llorar por un alternador que estaba fallando. He conocido jubilados navegando en solitario, veinteañeros construyendo barcos con chatarra, y lobos de mar que solo usan zapatos en los juzgados. No importa si tienes un catamarán de un millón de dólares o un mono casco de mil novecientos setenta y cinco, agujereado y flotando solo por buena voluntad y milagro, El mar nos humillara a todos por parejo. Solía pensar que la comunidad era una falsedad, pero no es así. Cuando adoptas esta vida no sobrevives siendo fuerte. Sobrevives siendo unido con la comunidad. Ellos aparecen cuando tienes un problema que no puedes resolver. Eso no lo consigues en un cubículo empresarial. Aquí la cinta adhesiva se puede convertir en tu mejor amigo, así como la mujer con una voz tranquila en el canal 16 de emergencia, que se convierte en tu salvavidas. El desconocido pasa a ser tu compañero de muelle, tu tripulación y tu amigo. Esta vida me da una comunidad y prefiero eso a la vida en tierra. En las buenas todos son buenos amigos, pero en las malas hay tantas espaldas torcidas, tantas caretas caídas esperando verte fallar que, ojala no te toque dudar si es tu hermano por conveniencia o un amigo de verdad. Si sostendrá tu mano en tiempos de crisis, o estará primero en la fila esperando un paso en falso, para dar un paso a tu lado y decir “te lo dije, que ibas a fallar”. Si cuento las traiciones, realmente perdería la fe. Prefiero perder la cuenta. Y dejar que algún día el mundo me sorprenda para bien. Así que cuídense. En especial los que persiguen la gloria. Cuídense de la envidia disfrazada de admiración de quienes en su vida esperan que los lleves adónde vas, pero en bajada, se hacen a un lado para verte pasar. Hay amigos que no preguntan mucho pero llegan. Que se sientan a tu lado y sin hacer ruido, hacen que el peso sea menos. Que escuchan tus enredos, y en vez de soltar frases hechas, te regalan calma, tiempo, o simplemente un “estoy aquí”. Amigos que aparecen con sopa, con helado o simplemente con una palista para ti. Que saben reírse contigo y también guardar silencio cuando la risa no cabe. Que no se asustan de tu caos, y de tus días nublados, y que sin prometer ningún tipo de milagros, logran que esa noche quizá, duermas un poco más tranquilo. Hay amigos que curan sin que uno se dé cuenta, y sin que ellos lo sepan. Aprendí con el tiempo que vivir es urgente. Que todo cambia en un segundo. Que nada dura eternamente. Aprendí que la vida no es un camino en línea recta. Que está llena de túneles y puentes. Que no siempre llega el mejor, sino el más valiente. Aprendí que lo mejor que puedes dejar a los que amas son buenos momentos, porque es lo que te hará inmortal cuando se termine el cuento. Aprendí a escuchar lo que siento. A guardar dentro de mí amor y no rencor, a quererme tal cual soy, con mis luces y mis sombras. Que lo que nos atraviesa nos transforma, y que lo que termina no desaparece, cambia de forma. Aprendí que todo tiene solución menos la muerte. Y si un día viene a buscarme, que me lleve sin sueños pendientes.